



ARTÍCULOS

Evolución del pensamiento económico europeo después de Ricardo

Agostino Lanzillo

Revista de Economía y Estadística, Primera Época, Vol. 2, No. 1 (1940): 1º Trimestre, pp. 3-32.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/3065>



La Revista de Economía y Estadística, se edita desde el año 1939. Es una publicación semestral del Instituto de Economía y Finanzas (IEF), Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba, Av. Valparaíso s/n, Ciudad Universitaria. X5000HRV, Córdoba, Argentina.

Teléfono: 00 - 54 - 351 - 4437300 interno 253.

Contacto: rev_eco_estad@eco.unc.edu.ar

Dirección web <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/index>

Cómo citar este documento:

Lanzillo, A. (1940). Evolución del pensamiento económico europeo después de Ricardo. *Revista de Economía y Estadística*, Primera Época, Vol. 2, No. 1 (1940): 1º Trimestre, pp. 3-32.

Disponible en: <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/3065>

El Portal de Revistas de la Universidad Nacional de Córdoba es un espacio destinado a la difusión de las investigaciones realizadas por los miembros de la Universidad y a los contenidos académicos y culturales desarrollados en las revistas electrónicas de la Universidad Nacional de Córdoba. Considerando que la Ciencia es un recurso público, es que la Universidad ofrece a toda la comunidad, el acceso libre de su producción científica, académica y cultural.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/index>

EVOLUCION DEL PENSAMIENTO ECONOMICO EUROPEO DESPUES DE RICARDO

SUMARIO: I.—La herencia de Ricardo. II.—Difusión de la Escuela Clásica en Europa. III.—Stuart Mill. IV.—Senior y la teoría de la abstinencia. V.—Aporte de los economistas italianos (P. Rossi, Romagnosi, Ferrara, Scialoja y Cavour).

I. — *La herencia de Ricardo.* —

El sello que el gran economista británico estampa en sus obras está aún vivo en sus principales aportes. Ningún economista moderno, cualquiera sea el problema que estudie, no puede sino volver, por vía directa o indirecta, a Ricardo. Si tal es la forma viva del pensamiento ricardiano después de más de un siglo, es fácil comprender cómo su gran prestigio ha ejercido una fascinación casi tiránica sobre las generaciones de sus contemporáneos y sobre las que le siguieron inmediatamente. Los economistas de la primera mitad del siglo XIX trabajan con rigor escrupuloso sobre la estela de Ricardo. Es necesario llegar hasta Cournot y Stanley Jevons para encontrar la afirmación de un nuevo principio que, mediante el concepto de rareza del primero y de utilidad final del segundo, coloca el problema económico fundamental sobre bases substancialmente diversas.

Del pensamiento de Ricardo, que se yergue como una robusta encina desde los primeros decenios del siglo XIX, salen

diversos brotes poderosos. De un lado están los desarrollos e análisis económicos realizados por sus discípulos de habla inglesa, que en gran parte trascienden al continente, y después, más tarde, a Norte América. Es éste un aspecto que no reuelce con mucha originalidad, porque la escuela clásica (que puede llamarse más propiamente ricardiana) sigue obsecuentemente las huellas del maestro, desarrollando o profundizando sus proposiciones. Hay tres grandes excepciones: Cournot, Senior, Stuart Mill.

De Ricardo sale otro brote: el que encabeza Carlos Marx, esto es, la tentativa grandiosa y genial de transportar la ciencia económica al campo social, *al dar forma científica al socialismo*. Las armas de la crítica marxista provienen de la ideología ricardiana. Marx adopta con indiscutible habilidad dialéctica el concepto de valor de Ricardo para edificar su teoría de la *plus valía*, deduciendo de la teoría ricardiana aquella interpretación que mejor responde a sus fines de guerra social.

El predominio del pensamiento ricardiano perdura, pues, a través de desarrollos diferentes y aparentemente opuestos durante todo el siglo XIX, así como, en el mismo siglo, el pensamiento de Hegel domina en la filosofía, la gran corriente romántica en la literatura, y el pensamiento evolucionista y positivista en el campo de las ciencias positivas. Al lado de Ricardo están Smith y Malthus, que ejercen un grandísimo influjo sobre el pensamiento de su tiempo. Verdaderamente grande es este siglo XIX, que será recordado por nuestros vástagos como un período de luz deslumbrante proyectada en todas direcciones y con igual potencia; memorable, sea por haber osado trazar las grandes líneas de un pensamiento universal, sea por haber dado unidad al desarrollo del pensamiento, o por haber estudiado los problemas con la intención de fijar grandes principios capaces de explicar las máximas incógnitas de la vida orgánica, social e histórica. Obra gigantesca en la que están empeñadas grandes figuras que son Spencer y Ricardo,

Journot y Marx, Proudhon y Wagner, Moleschott, Darwin y Mazzini; tras ellos una legión de todas las clases sociales y de todas las naciones, discípulos de todas las disciplinas, que siguen caminos diversos, pero acordes en concebir con *espíritu europeo* los problemas y las soluciones, y en el esfuerzo de dar una base unitaria al conocimiento, una síntesis al misterio de la vida y una conciencia a la historia del hombre.

En este gran cuadro conviene colocar la obra constructiva de los economistas ricardianos y la tentativa de una ciencia económica capaz de explicar las leyes fundamentales de la actividad práctica.

La generación europea que sigue a la edad de oro que hemos señalado sumariamente, asiste a un notable cambio en el planteamiento de los problemas, y el interés científico muda de naturaleza y de objetivos. En la filosofía, en las ciencias exactas, en la historia antigua, en las ciencias morales y políticas, se dejan de lado los problemas de síntesis y se reanuda una lenta elaboración de detalles de problemas particulares, de investigaciones técnicas realizadas en profundidad. La investigación se especializa y por esto se vuelve más eficaz y sistemática, lo que redundará en detrimento de la visión general, porque el horizonte se limita a medida que se especializa la investigación.

La ciencia económica sigue la corriente del pensamiento. Se comprende cómo, después de Ricardo, la doctrina se desarrolla a través de sus más directos discípulos, y después, alrededor de 1850, se especializa y se restringe, muda los objetivos de su investigación, y, mientras por un lado se diluye en investigaciones sociales particulares, por el otro, al volverse analítica, se separa de la vida y pierde mucho de la eficacia que había ejercitado sobre el mundo circundante durante el período clásico.

Si nos referimos a la primera mitad del siglo XIX, éste

asistió a la mayor difusión, a menudo incontestada, del pensamiento ricardiano en casi toda Europa y en América. El pensamiento de Ricardo aparecía compuesto y difundido con las ideas de Smith y de Malthus, o sea como un cuerpo de doctrinas que se afirmaba y que, como un todo, conquistaba las mentes. En la nueva concepción había un programa político y un plan de política económica que adquirirían contenido concreto no solo en el respeto del individuo y del orden espontáneo de las cosas, sino también en el respeto de la iniciativa privada y de la propiedad, en la condena del estatismo económico, en el espíritu universalista, y por ende, en la libertad internacional de comercio. La doctrina estaba entonces bastante próxima a la práctica, y las demostraciones de los economistas eran asimiladas por los ministros, lo mismo que por los empresarios y comerciantes.

Esta aproximación de la teoría con la práctica es fenómeno quizá único en la historia y probablemente el dato más típico del período histórico del que nos ocupamos. Esta coherencia entre libro y vida, entre pensamiento y acción, que corresponde a un período de maravillosa lozanía de la vida social, es máxima en las relaciones de la doctrina económica, pero se manifiesta también en otros campos de la actividad social y política. El régimen liberal es una evidente proyección de la mística política, que en aquel mismo período florece en todo el mundo y da al siglo un carácter indestructible.

Después de aquel período, viene la gran guerra; estamos en pleno siglo XX, la eficacia del pensamiento sobre el curso de los hechos decrece, el individuo y la crítica pierden gradualmente toda capacidad de irradiación para dar lugar a una fase de civilidad militarista que no puede preverse cuanto ha de durar.

II. — La difusión de la escuela clásica en Europa. —

En Francia las teorías de la escuela clásica son rápidamente conocidas y se difunden en los estratos intelectuales y políticos. La figura dominante en los primeros decenios del siglo es Juan Bautista Say (1). No es exacto considerar a Say sólo como un divulgador en el continente de la ciencia económica tal como había llegado de Inglaterra. El contribuye a dar a la economía aquel contenido materialista que es típico de la Escuela Clásica, no solo a través de la conocida definición de ser “la ciencia económica la exposición del modo según el cual se forma, se distribuye y se consume la riqueza” sino también por haber, por vez primera: a) fijado la división de la ciencia en tres partes, *producción, distribución y consumo*; b) por haber, en parte, aclarado y en parte perfeccionado la contribución que los varios factores de producción dan a la actividad económica, poniendo en evidencia la función central y diferenciando claramente su obra de aquella propia del capitalista; c) por haber formulado la *teoría de las salidas*, es decir, una especie de ley de la productividad intensiva. Combate la hipótesis de que una superproducción permanecería sin colocación por falta de dinero, ya que bastaría crear productos para desarrollar nuevas formas de producción y de tráfico. De estos principios, Say deducía la necesidad de un mercado internacional con amplia libertad de comercio, la conveniencia económica de una rápida transformación industrial de los paí-

(1) J. B. Say nacido en Lyon en 1768, periodista industrial, fué nombrado en 1830 titular de la cátedra de economía fundada entonces en el Colegio de Francia. Alcanzó gran renombre, pero en cierto momento incurrió en la ira de Napoleón (entonces primer cónsul) por algunas de sus ideas económicas expuestas en el “*Traité d'économie politique*” y fué eliminado del tribunal. Sus obras principales, además del “*Traité*”, son el “*Catéchisme d'économie politique*” (1817). De 1830 es el “*Cours d'Economie Politique*”. Murió en 1832. Es abuelo de León Say, economista conocido por notables estudios de finanzas y de política económica.

ses, la oportunidad de una constante investigación de los hechos económicos, diferenciándose de la rigurosa lógica deductiva de Ricardo.

J. B. Say fué el economista de la naciente gran industria, el teórico optimista de una política de enriquecimiento, el valeroso sostenedor de una economía antifisiocrática, universalizada, un espíritu liberal que se adelantaba a los grandes acontecimientos del liberalismo europeo y adivinaba el grandioso salto del siglo XIX.

Con J. B. Say la idea económica invade a Europa y un gran número de economistas se forman en la escuela de Ricardo, de Malthus, de Say, en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en Italia.

Examinarlos a todos, es inútil: las ideas son las de los jefes de la escuela; los fundamentos: la libertad de los cambios, el internacionalismo económico, la neutralidad económica de los Estados, el reconocimiento de las fuerzas naturales que explican los desarrollos de la economía y las capacidades creadoras de los individuos.

Ya sean los ingleses James Mill y Mac Culloch, Torrens y Thornton, Mac Leod y Richard Jones, o los franceses Chevalier, Dunoyer, Garnier, Cherbuliez, Bastiat y los italianos Pellegrino Rossi, Romagnosi, Verri, Scialoja, Boccardo, o los alemanes Enrique Rau, Guillermo Hermann o Enrique Von Thünen, o los americanos Carey, Amasa Walker y Perry, todos aquéllos que viven y escriben dentro de los primeros cincuenta años del siglo diez y nueve, son los corifeos de aquellas mismas ideas, y tienen una función de propulsores y de divulgadores, en Europa y en América, de los principios que la Escuela Clásica había formulado y que estaban destinados a dar una mentalidad económica al mundo.

La corriente de ideas que en estos hombres se arraiga y tiene su eje, pero sin agotarse con ellos (hemos elimi-

nado muchos nombres no esenciales para el asunto), no carece de potencia polémica y de grandeza política: es una verdadera batalla con fondo místico que se libra sobre la plataforma económica, esto es, la fe en la *construcción racional de un sistema social capaz de crear grandes riquezas y de atenuar, así, gradualmente, las desigualdades materiales entre los hombres*. El hombre ya cree en sí mismo, en su capacidad, se sabe entidad social que puede utilizar las fuerzas espontáneas de la naturaleza, recién individualizadas y descubiertas, a través del ejercicio de la libertad y de las relaciones entre los países y de la consecución del progreso merced a la concurrencia. La tendencia optimista llega a ser una religión y se vuelve de tal modo anticientífica y excesiva.

El concepto de libre cambio es la bandera de la transformación europea en el sentido industrial: la ciudad de Manchester, el centro más importante de la industria textil británica, da su nombre, en Inglaterra, a la Escuela Libre cambista. Esta aspiración a la libertad de tráfico y navegación, responde a la necesidad de encontrar salida a los productos, de comprar en todas partes del mundo materias primas y alimentos baratos, de desarrollar el comercio paralelamente al desarrollo de la actividad industrial, pero esta aspiración a la libertad de cambio responde también a una filosofía, a una visión general — no carente de audacia y de energía — del mundo y de la civilización, que ve en la concurrencia una razón de selección, una fuerza que obra para el mejoramiento de la humanidad mediante el predominio de los más capaces.

Es típico para el estudio del clima en que se movía el mundo del pensamiento durante la primera mitad del siglo XIX un ensayo de Herbert Spencer que fué publicado en Inglaterra en 1884: "El individuo y el Estado" (2). En este

(2) La obra aparecida en 1884 reproduce en gran parte un estudio que Spencer había publicado en la *Westminster Review* en 1860.

libro, no carente de las grandes cualidades dialécticas y de penetración de Spéncer, se combate toda forma de predominio del Estado y todo intervencionismo aún por vía de los parlamentos, y se prevé la gradual formación de sistemas reglamentarios y burocráticos que constituirán una "futura esclavitud". Spéncer es el filósofo oficial del período que consideramos y a él miran con gran fe las generaciones que se suceden por casi tres cuartos de siglo.

El escritor que mejor personifica en el campo económico el excesivo optimismo de este período es Bastiat (3), en quien se compendia la particular literatura económica de vulgarización y de batalla que hizo popular en aquella época a la economía con detrimento de su eficacia científica. La teoría económica, bajo la pluma de Bastiat, se transformaba en arma de batalla, en motivo oratorio, en invectiva para el adversario; con esto favorecía la lucha política pero perdía contenido científico.

Sería injusto negar que este descenso de los teóricos a la lucha no tuviese un significado y no produjese frutos. Bastiat era un polemista habilísimo, y el proteccionismo, aún hoy, sale bastante maltrecho de las discusiones y de las críticas del fogoso escritor. Algunos *Pamphlets* de F. Bastiat contra el proteccionismo y sus privilegios y en defensa de la libertad de comercio se han hecho clásicos por la abundancia y la penetración de los argumentos; merecen ser recordados: *La petición de los comerciantes de velas contra la concurrencia del sol*; *El pequeño arsenal del libre cambista*; *Lo que se ve y lo que no se ve*; etc.

La obra de Bastiat fué más útil a la vida social que a la

(3) Federico Bastiat es el economista francés más conocido de su tiempo. Vivió de 1801 a 1850; fué agricultor y comerciante, polemista vivaz y brillante, pero no profundo. Escribió "Les sophismes économiques", "Cobden et la Ligue" (Sobre la Liga Manchester para el libre cambio), "Les harmonies économiques" y muchos "Pamphlets".

ciencia. Falta ver si, y hasta qué punto, el economista puede ausentarse del campo de batalla de las cuestiones generales para encerrarse en la torre de marfil de la investigación pura. En el siglo XIX muchos economistas supieron ser grandes teóricos, y al mismo tiempo, cuando fué necesario, supieron descender a la lid para defender las verdades científicas con la pluma y la palabra sobre el terreno de los problemas concretos.

Basta recordar en Italia a Ferrara, Pantaleoni, Pareto, De Viti de Marco, Barone, hombres de ciencia que en algunos momentos transformaron al austero "Giornale degli Economisti" en un órgano de batalla, de polémica, de crítica vivaz y a menudo agresiva.

También nosotros pensamos que el economista tiene una misión civil que cumplir, como sucede al jurista, al médico, al químico, al técnico.

Y en ciertos momentos él debe plegar su ingenio a las exigencias de la batalla cotidiana para la defensa de la verdad y en el interés del bien público. Bajo este aspecto, Federico Bastiat merece ser mencionado como hombre de fe y estudioso de carácter y de valor, aunque no haya hecho adelantar la ciencia.

III. — *Stuart Mill.* —

No se puede decir propiamente que John Stuart Mill (1806-1873) haya sido un alumno y un secuaz de Ricardo.

Pero conviene considerarlo con relación a la escuela ricardiana porque la filiación lógica de su pensamiento sufre fuertemente la influencia de Ricardo. Stuart Mill es hijo de James Mill, economista e historiador que, aunque no haya sobresalido, está aún vivo en la historia del pensamiento económico. James Mill (1776-1836), es recordado por sus *Elementos de economía política* publicados en 1821. Es una obra que sigue de cerca hasta identificarse con él, al pensamiento de Ricardo, de quién

era Mill amigo íntimo, y con esto se demuestra la notable fuerza de difusión del pensamiento ricardiano sobre su generación. Pero el mayor título de James Mill para ser recordado es, sin duda, el de haber dado nacimiento y haber sido maestro de su hijo Stuart, que se presenta en la historia de las doctrinas con muy diferente potencia de pensamiento y originalidad de concepción.

En Stuart Mill hallamos la primera tentativa seria de integrar y corregir a Ricardo al relacionar, con mayor claridad, el problema económico y las fuerzas sociales.

El pensamiento de Mill se desarrolla y amplifica gradualmente, pasando de la filosofía a la economía y de la economía ricardiana a una concepción que hoy podría llamarse *social*. Siempre está viva en él la preocupación de considerar la economía política “no como una cosa en sí misma, sino como fragmento de un conjunto más grande... para propósitos prácticos indisolublemente entrelazados con otras diferentes ramas de la filosofía social” (4). Se aproxima en esta amplitud de miras a Smith y, entre los más modernos, a Marshall y a Pareto, y, como en el caso de los grandes nombres aquí evocados, esta amplia perspectiva deriva de su preparación filosófica, política y social.

En el campo económico nos limitamos a recordar dos obras: *Essays on some Unsettled Questions of Political Economy*, publicada en 1829-1830, y los *Principios de Economía Política* aparecidos entre 1845 y 1847. En estas obras está encerrado el pensamiento económico de Stuart Mill, pero no todo.

La conocida teoría del “fondo de los salarios” fué publicada en una revista en 1869 y después se incluyó en el volumen “Dissertations and Discussions”.

En varias revistas vieron la luz, *en los últimos años de*

(4) En el prefacio a la primera edición de los *Principios de Economía Política*.

su vida, muchos escritos sobre el socialismo, cuando este problema, que siempre había preocupado su mente, llegó a ser para él de máximo interés.

También escribió Stuart Mill sobre cuestiones filosóficas, considerando siempre los problemas en relación con los fenómenos sociales. Así, el libro *La Libertad* (1859), en el que reanuda la discusión sobre la acción del Estado y los límites de su intervención frente al individuo; de gran importancia son también "*La Autobiografía*", útil para comprender los métodos de estudio y la formación mental del autor, y la *Lógica* aparecida en 1843. En este volumen expone uno de sus conceptos centrales que debía un día ser aceptado y desarrollado por Pareto: "Yo considero siempre los métodos de las ciencias físicas, aptos para las políticas", idea que encuentra aplicación en su clásico tratado, los *Principios*.

El pensamiento económico de Stuart Mill es vasto y profundo y abraza todo el campo de la ciencia. A nuestro parecer, las dos obras principales, *Ensayos* y *Principios*, pueden considerarse en conjunto porque los argumentos de la primera reaparecen, refinados y perfeccionados, en el Tratado. En este último hay algo más que surge hasta del título: *Principios de Economía Política con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social*. Esto es, existe el propósito de dar derecho de ciudadanía a la ciencia económica entre las ciencias morales y políticas, alejándose así de Ricardo y de lo que será más tarde la orientación de la economía analítica. Y, en efecto, mientras los tres primeros libros sobre la *Producción*, la *Distribución*, y el *Cambio* muestran la orientación clásica (principio hedonístico e individualista, libre concurrencia, teoría malthusiana de la población, teoría del salario normal — que Stuart Mill concilia con su teoría del fondo de los salarios — renta fundiaria) en el cuarto y quinto se afirma una directiva diferente con un contenido que hoy podríamos calificar de moderno.

La lozanía de Mill aparece en toda su plenitud cuando trata de la *influencia del progreso de la sociedad sobre la producción y la distribución* en cuanto es ésta la primera tentativa de *economía dinámica*.

El problema está planteado con gran claridad: en las tres primeras partes Stuart Mill dice haber estudiado la estática: "Hemos visto cómo (los hechos económicos) se relacionan los unos con los otros como causas y efectos; qué consecuencias determinan la suma de la producción, del trabajo, del capital y de la población; qué leyes regulan la renta, los beneficios y los salarios; bajo qué condiciones y qué proporción las mercancías se cambian entre individuos y entre países...

"Nos queda por considerar la condición económica de la humanidad sujeta a mudanzas, a mudanzas progresivas, siempre en aquellas partes más civilizadas de la misma, y en todas las regiones en las que se extiende su influencia. *Nos falta ver qué cosas son aquéllas mudanzas, cuáles las leyes que las regulan, cuál su última tendencia, añadiendo así la teoría del movimiento a nuestra teoría del equilibrio — la dinámica de la economía política a la estática*" (5).

El problema, como se ve, está planteado de manera exacta, el concepto general de la dinámica está dado con claridad, y la contribución aportada a la teoría, que nunca había estudiado antes el problema, es verdaderamente original.

La investigación dinámica de Stuart Mill se dirige hacia dos objetos: 1º.) estudiar cuál es la influencia del progreso de la industria y de la población sobre los valores y los precios; 2º.) estudiar la influencia del progreso de la industria y de la población sobre las rentas, los beneficios, los salarios.

Las fuerzas dinámicas indicadas por Stuart Mill responden a las fuerzas hoy reconocidas propiamente como tales por

(5) Stuart Mill — trad. ital. de la Biblioteca dell'Economista: Principi, g. 921.

la doctrina unánime: la población, el capital, la organización. El indaga las posibles influencias recíprocas de tales fuerzas, suponiendo en abstracto un cierto número de hipótesis: aumento de la población, invariabilidad del capital y de la organización; aumento del capital y permanencia de las otras condiciones, para deducir algunas conclusiones:

1º.) “El progreso económico de una sociedad constituida por propietarios, capitalistas y trabajadores, tiende al enriquecimiento progresivo de la clase de los propietarios, mientras que el costo de la subsistencia de los trabajadores tiende, en conjunto, a acrecentarse, y los beneficios a disminuirse” (6).

2º.) Los beneficios tienden a alcanzar un *mínimum*, pero no pueden descender a un nivel más bajo porque se produciría la emigración del ahorro (7).

3º.) El acrecentamiento de la riqueza no es ilimitado; en lugar del estado progresivo, en un cierto momento, vendrá un *estado estacionario*. Todos los países, aún los ricos y florecientes, “llegarían aún al estado estacionario si no se verificasen ulteriores mejoramientos en las artes productivas y si se produjese una suspensión de la emigración del capital de aquéllos países hacia regiones incultas o mal cultivadas de la tierra” (8).

Las tres conclusiones tienen valor histórico como previsión inteligente, y todos ven cómo han sido superadas frente a la crítica económica moderna en cuanto aquéllas prescindían de la interdependencia de los fenómenos económicos y se basan sobre presunciones meramente causales. Son, pues, insuficientes. Por otra parte, no existe motivo para sostener que el progreso económico determine el enriquecimiento de los propietarios sino que, por el contrario, está históricamente comprobado que se han enriquecido categorías sociales *intermedias*, es decir, los empresarios, mientras se ha mantenido baja la re-

(6) Stuart Mill — op. cit.; pág. 941.

(7) Id. — op. cit.; pág. 951.

(8) Id. — op. cit.; pág. 956.

muneración de los propietarios fundiarios. No menos inadecuada es la tesis acerca del aumento del salario real, que se ha verificado, pero por motivos bastante más complejos que aquellos indicados por Mill. En fin, la idea de un *estado estacionario* representa una hipótesis abstracta, de directo origen malthusiano, y de fondo utópico. Imagina una ley tendencial, que debería verificarse en un lejano porvenir. Las investigaciones modernas sobre fluctuaciones económicas, si bien se desenvuelven todavía entre muchas incertidumbres, son suficientes para demostrar que la hipótesis estacionaria es poco probable, aún en un futuro lejanísimo. Esta última constituye la hipótesis típica de una economía estática sobre la que han vuelto los modernos ⁽⁹⁾.

El libro IV de los *Principios* termina con un capítulo sobre el *porvenir probable de los trabajadores*. Stuart Mill tiene la intuición del problema obrero que en su tiempo ya se delineaba en el horizonte con toda su importancia, y se pregunta si los trabajadores no asumirán su propia dirección, substra- yéndose a la tutela de sus principales y al sistema patriarcal o de gobierno paternal. Propone una participación en las utilidades para lograr la remoción “de toda causa real o imaginaria de coalición. Los obreros y los capitalistas estarían de tal manera asociados, tendrían manifiestamente un interés común” ⁽¹⁰⁾.

El último libro de los *Principios* está dedicado a la “in-

(9) En los economistas modernos la idea de *estado estacionario* es adoptada a título teórico para poner en evidencia ciertas posibilidades de la conducta económica humana. Refleja el problema de la economía estática en su límite, esto es, una situación de equilibrio estático. Se considera así una hipótesis diversa en gran parte de la supuesta por Stuart Mill. No puede negarse, sin embargo, a dicho autor, el mérito de haber contribuido con su fina intuición a la formación del concepto de economía estática en oposición a la economía dinámica. *Cfr. A. C. Pigou. — The Economic of Stationary States. 1935.*

(10) *Op. cit.*; págs. 967 y 968.

fluencia del gobierno". Se afirma en Mill el gran espíritu de libertad y el tenaz individualismo que son caracteres típicos suyos y de la escuela clásica. Pero el problema de la acción de los gobiernos sobre el mundo económico es estudiado con objetividad y claridad, poniendo límites al principio entonces predominante de la no intervención del Estado en la vida económica.

En Stuart Mill, en suma, aunque revelándose un fuerte campeón de la escuela clásica, se anuncia la corriente crítica que pronto deberá imponerse con la teoría marginalista. Mill responde a una situación ideológica de transacción entre la escuela clásica y el apremio de las razones sociales, entre el individualismo incondicionado y las necesidades del nuevo Estado, entre las leyes de la concurrencia de las clases, y el delinarse del movimiento obrero.

IV. — *Senior y la teoría de la abstinencia.* —

El inglés Nassau William Senior, que vivió entre 1790 y 1864, político, abogado, estudioso de los problemas sociales, profesor de Economía Política en Oxford, merece un puesto destacado en la historia del pensamiento económico por su *teoría de la abstinencia* que, adoptada por él como explicación del beneficio, viene a corregir la idea ricardiana del valor considerado como derivado del trabajo.

La personalidad científica de Senior se encuadra, pues, en la gran corriente de Ricardo, y se detiene sobre los grandes problemas fundamentales que agitan las mentes en el período aún formativo de la ciencia ⁽¹¹⁾.

(11) Las principales publicaciones de Senior, son: *Three lectures on the transmission of the precious metals from country to country, and on the mercantile Theory of Wealth* (1828).

Two lectures on population, to which is added a correspondence between the author and Mr. Malthus (1829).

Ferrara, en su Prefacio, atribuye a Senior una gran influencia. “Sus teorías — observa Ferrara — pertenecen, en general, a la más sensata entre las escuelas económicas. Despojados de prejuicios, plenamente dueño de la materia, al corriente de todo lo que la ciencia ha observado antes que él, tiene siempre — lo que distingue a las inteligencias rectas y concienzudas — alguna cosa con la cual contribuir al patrimonio de la disciplina que enseña, y sin exageradas pretensiones de originalidad, es en realidad original por su forma de presentación y en las pequeñas gradaciones que bajo su mano adquieren hasta los más conocidos pensamientos de los autores que le han precedido”.

Juicio equitativo pero no completo, porque Ferrara no aprecia como lo merece la contribución de Senior a la formación de la ciencia, al haber puesto de manifiesto, lúcidamente cincelada, la idea de la abstinencia, idea que no es la verdadera afirmación de un concepto sino la individualización de un nuevo elemento del costo de producción, esto es de la columna de una de las teorías fundamentales de la ciencia. Como sabemos, antes de Senior (12), el *costo de producción* se hacía consistir en trabajo, o en trabajo más provecho. Adam Smith, en la *Riqueza de las Naciones*, había afirmado que “los objetos se cambian en proporción a la cantidad de trabajo que cuestan”.

Three lectures on the rate of wages, with a preface on the causes and remedies of the present disturbance (1830).

Three lectures on the cost of obtaining Money, and on some effects of private and government paper money (1830).

La primera edición de la “*Political Economy*” apareció en 1835 en la “*Enciclopedia Metropolitana*”.

Tenemos, por fin, una obra en dos volúmenes de Senior, “*Industrial Efficiency and Social Economy*”, publicada en 1928 por S. León Lewy, con material extraído de lecciones, en gran parte inéditas, dictadas en Oxford por Senior entre 1847 y 1852.

- (12) Sobre la teoría de la abstinencia de Senior, Umberto Ricci, “*La teoria dell'astinenza*” (1909 - Roma) y un buen artículo del profesor Mario Lamberti in *Rivista di Storia economica*, Torino, 1937. Págs. 169, 178.

y sobre su huella Ricardo había escrito que “el valor de cambio depende casi siempre exclusivamente de la cantidad relativa del trabajo empleado en cada uno”.

Ciertamente la idea ricardiana del valor debe interpretarse con prudencia, y una interpretación correcta permite comprender que en el pensamiento ricardiano el valor está regulado por el costo de producción que comprende el *trabajo más el provecho*. Sin embargo, en la teoría el concepto de trabajo era aún imperfecto, grosero e inexacto. El provecho no entra en el costo de producción, porque es un rédito diferencial que deriva del saldo activo entre costo de producción y precio de venta; en aquel tiempo no se había logrado aún comprender bien ni descomponer el *interés* del provecho, al igual que el *costo de producción del trabajo*, porque faltaba un eslabón en la investigación: el tiempo, y, por ende, la necesidad de remunerar a los que hacen posible la *espera* en el proceso productivo.

Lo incompleto de la exposición de Ricardo sobre este punto es históricamente comprensible, pero pareció perjudicial y, diríamos, casi fatal a la posteridad, por el equívoco a que dió lugar por obra principalmente de Karl Marx. La idea de *costo de producción igual a trabajo* se ha filtrado en el pensamiento marxista en su formulación más tosca e incompleta y constituye la arcada que sostiene la construcción marxista de la teoría de la plus valía, y de la ilegitimidad e ilicitud del *interés*. La idea de Marx no es científica, es una fórmula revolucionaria que sirve para dar un ropaje ilusorio de pensamiento exacto a la concepción del “Capital”.

En los agitadores sociales no son la exactitud y el rigor científico los que valen, sino la fuerza de difusión de una fórmula en relación con la corriente de los sentimientos y de las pasiones. Ricardo ofreció la justificación pseudo científica al movimiento marxista, no porque él hubiese dicho lo que Marx

le hacía decir, sino porque su fórmula respondía admirablemente a la tesis que el gran agitador quería difundir entre las masas.

El desarrollo de la investigación científica encuentra en Senior el concepto que completa la idea de costo de producción, cuando Marx aún no ha publicado su "Capital" (1887) ni el "Manifiesto Comunista" (1847). Marx, que conoce el libro de Senior, se vale de él para atacar a su autor: "Después de las rebeliones de 1830 — escribe — la economía política vulgar tomó la ocasión por los cabellos y propuso una doctrina destinada a salvar la sociedad. Esta fué revelada al mundo por N. W. Senior".

Al hablar de la plus valía, Marx dedica varias páginas a criticar acerbamente a Senior a quien acusa de haber escrito para prestar un servicio a la clase industrial de Manchester: "... en su libro intitulado "Outlines of Political Economy" escrito para diversión de los estudiantes de Oxford y de las "clases iluminadas", él había descubierto, contrariamente a la teoría de Ricardo según quien el valor está determinado por el tiempo de trabajo, que el provecho proviene del trabajo del capitalista, y el interés de su *abstinencia*. La mentira era vieja pero la palabra nueva. El maestro Roscher la ha traducido bastante bien y la ha germanizado con la palabra *ENTHALTUNG* que tiene el mismo significado" ... etc. (13).

Para comprender hasta qué punto tales apreciaciones son erradas, además de injuriosas, basta considerar *de qué modo* la idea de abstinencia ha sido formulada y desenvuelta por Senior. Éste no quiere construir una defensa *política* del provecho, sino dar elementos para una definición precisa y científica de la función del capital, con el objeto de introducir en la teoría del valor un nuevo dato real y decisivo.

En su análisis, Senior parte de los factores de produc-

(13) Marx — Il capitale — trad. it.; pág. 173.

ción: trabajo y agentes naturales. Define el trabajo como “el ejercicio voluntario de facultades físicas y mentales con un fin de producción” y *agente de producción* “a todo agente productivo en cuanto su eficacia no derive de actos del hombre”.

Después de esto observa que “si bien el trabajo humano y las fuerzas de la naturaleza independientes del hombre son los factores productivos originarios, requieren la participación de un tercer agente de producción que les dé plena eficacia... A este tercer principio o instrumento de producción, sin el cual los otros dos son ineficaces, le daremos el nombre de *abstinencia*: un término con el que expresamos la conducta de una persona que, o se abstiene del uso improductivo de aquellos bienes de los cuales puede disponer, o expresamente prefiere la producción de bienes remotos a la de inmediatos resultados”. La *abstinencia* es, pues, considerada por Senior como medio para ulteriores producciones, por el cual *la eficacia del trabajo y de los otros factores de producción puede ser indefinidamente acrecentada*.

La abstinencia aparece, por consiguiente, como un dato necesario constitutivo del capital *y que es al provecho como el trabajo al salario*. El uso de utensilios — observa Senior — implica ejercicio de abstinencia, del mismo modo que es abstinencia “plantar un arbusto o sembrar trigo”.

“Entre todos los medios con la ayuda de los cuales el hombre puede elevarse en la escala de la civilización, la abstinencia, así como quizá es el más eficaz, es también el más lento para acrecentarse, y generalmente el menos difundido”. De aquí la necesidad de una compensación sin la cual no se cumplirían actos de abstinencia, y esta compensación que hoy definimos como *interés*, es el *provecho* en la terminología de Senior.

La abstinencia es, pues, un tercer factor de producción,

al paso que no lo es — según el autor — el capital, porque éste es el fruto de algunas dilaciones de gozo y de trabajo invertido en la preparación del bien capital y su conservación.

En el *costo de producción* entran solo el *trabajo* y la *abstinencia* porque solamente ellos implican pena. ¿Y los agentes naturales de los cuales Senior tiene un claro conocimiento? Los agentes naturales en cuanto puedan ser susceptibles de apropiación dan una *renta* que es “el precio de cooperación, no del hombre, sino de la naturaleza”.

En definitiva, Senior opina que todo el trabajo de la industria debe dividirse en tres partes, además del impuesto: salario, provecho, renta.

Este análisis es moderno y correcto aunque — como sucede siempre en los clásicos — se considere el fenómeno elemental y esquemático y se olviden otros elementos como la economía de cambio y — sobre todo — el riesgo. La insuficiencia de la explicación de Senior deriva, pues, de la premisa, implícita en su construcción, de llegar a explicar — a través de la abstinencia — el *valor* de la teoría de los clásicos.

Ahora bien; la teoría de los clásicos puede ser considerada bajo el aspecto subjetivo, esto es, como estímulo para el ahorro. En tal sentido, es una cualidad del hombre, una necesidad generalísima y casi universal; y la verdad de la conquista teórica de Senior es incontestable puesto que antes que cualquier otro él ha comprendido la importancia económica de esta necesidad — en parte instintiva — de prever las necesidades futuras y de proveer a ellas con la renuncia a consumos inmediatos.

En las lecciones recopiladas por Lewy estos conceptos de frugalidad y de previsión están expuestos de un modo clarísimo; además, en esta última formulación, la abstinencia pierde aquel carácter de elemento del valor sobre el cual Senior había insistido en la primitiva formulación, aproximándose a las concepciones modernas.

Si la abstinencia se considera en su capacidad de contribuir al proceso económico alimentando las fuentes del ahorro — o sea en su eficiencia objetiva — los merecimientos de Senior no se aminoran, pues también en el dinamismo fluido de la economía de cambio, el tema de la abstinencia (que puede asimismo calificarse de renuncia, espera, futuro económico, etc.) no puede ser explicado sin un costo.

Las críticas que se hicieron a Senior por su teoría partían del concepto, no siempre verdadero, de que en la abstinencia hay un sacrificio, una renuncia, un acto de sobriedad. Además de Marx, que se divertía en ridiculizar los sacrificios de un millonario en la limitación de sus consumos, también Böhm-Bawerk ha hecho reservas sobre la existencia de un costo o sacrificio en todo acto de abstinencia. Pero había en tales críticas un mal entendido, y Marshall reivindica el valor económico de la abstinencia y la verdad de la teoría de Senior, reafirmando que si el término *abstinencia* pudiere parecer inexacto, se debe aceptar el término *espera* (waiting), y decir que la acumulación de la riqueza es generalmente el resultado de una postergación o de una espera de placer (14).

Es obvio que si se niega en todo su contenido la teoría de la abstinencia, cae toda construcción teórica racional del ahorro y toda justificación teórica del interés.

Es, pues, críticamente justo decir que la contribución de Senior a la ciencia no es menor por ser poco feliz y rigurosa la expresión *abstinencia*. Lo que prevalece es que él ha puesto su atención sobre los “placeres diferidos” mostrando la conexión entre la postergación del consumo y la producción. Que su teorización haya sido tosca y aproximativa no es suficiente para excluir la verdad fundamental que contenía.

Decir que hoy el interés no sirve para remunerar la *abs-*

(14) Marshall. Principii di economia. Trad. it. en *Biblioteca dell'economista*.

tinencia sino más bien para distribuir el capital entre las varias ramas productivas, no significa negar que en el fondo del fenómeno del ahorro entre el grandísimo número de componentes del mercado, obren tanto la necesidad futura como la necesidad presente.

V. — *Contribución de los economistas italianos.* —

Los aportes realizados por escritores y economistas italianos al edificio de la ciencia económica serán puestos en evidencia a su debido tiempo, en relación con el desarrollo de las doctrinas. La presentación de estas notas sobre el pensamiento económico quiere reconstruir el desenvolvimiento de las ideas a través de los hombres que de ellas fueron exponentes, así que toda excepción apriorística dictada por motivos aún laudables de amor propio nacional, parece imposible. Aquí, sin embargo, se trata de hacer una breve reseña, en una Revista extranjera, de un grupo de economistas que tienen en común el carácter de ser discípulos de la escuela clásica y que, por lo tanto, tienen plenos derechos de ciudadanía en el ambiente científico post-ricardiano.

Ellos tienen además de común otro carácter inconfundible: el de haber utilizado las doctrinas económicas clásicas y especialmente la idea de libertad económica para las necesidades de Italia y para su resurgimiento como unidad política. La ideología liberal que viene de Inglaterra es adoptada en Italia, se infiltra en nuestras luchas políticas y constituye el sacro fermento que desencadena las fuerzas de nuestro renacimiento político; y esto, por obra de aquel grupo de economistas que entre 1800 y 1860 hace resonar, desde las cátedras universitarias y desde la tribuna parlamentaria, la palabra que incita a la libertad económica y al mismo tiempo a la libertad política y a la unidad nacional.

Quizá no se haya aún destacado bastante el efecto que

ha tenido la enseñanza de la economía en lo que atañe a nuestro resurgimiento. Hoy está de moda negar todo mérito a la ciencia de la economía y desvalorizar — especialmente por obra de críticos interesados, no serenos, y a menudo incompetentes — el pensamiento de los clásicos. Se olvida en Italia que gran parte del movimiento formativo de la conciencia nacional del siglo XIX se debe a la ideología liberal. Repercusión indirecta, que actúa por transposición al campo político de conceptos económicos, pero no por ello menos eficaz y a menudo decisiva, y que deriva de la formación de una conciencia histórica. No hay duda, en efecto, que el nacimiento y desenvolvimiento de una ciencia económica significa para el hombre adquirir conciencia de su ser y de sus capacidades frente a la naturaleza, esto es, conciencia de su propia misión, es decir, de su propia historia. Se comprende de tal modo cómo la difusión de la ciencia económica ha de contribuir poderosamente a despertar a los pueblos del letargo del absolutismo (ya debilitado por la revolución de 1789) y a darles la conciencia de sus posibilidades productivas y también unitarias y nacionales.

Bajo este aspecto, la deuda de la Italia nueva hacia la escuela clásica de la economía es grandísima, lo mismo que vivo debe ser el reconocimiento hacia los primeros economistas italianos que se transformaron en corifeos y propulsores del pensamiento de la economía clásica y le aportaron la contribución de su ingenio.

La escuela clásica tuvo en Italia discípulos fervientes y algunos geniales: recordemos a Pellegrino Rossi, G. D. Romagnosi, Camillo Cavour, Antonio Scialoja, Emilio Nazzari, y más que a nadie, a Francisco Ferrara.

Pellegrino Rossi (1787-1848) naturalizado francés, fué sucesor de J. B. Say en el Colegio de Francia. En un curso de Economía Política aceptó y desarrolló las teorías de Mal-

thus, de Ricardo y de Say. Ministro de Pío IX en el borrascoso período de la revolución de 1848, fué asesinado el 15 de noviembre sobre la escalinata del Palacio de la Cancillería de Roma (15).

Figura de algún relieve, él no ha dejado ninguna nueva huella en la ciencia, pero la claridad y la lucidez de su pensamiento contribuyeron fuertemente a volver vivas en el mundo latino las ideas de la escuela inglesa. Después de su muerte, dos libros más vieron la luz por obra de sus discípulos, "Cours de droit constitutionnel" en 1866 y "Mélanges d'économie politique, d'histoire et de philosophie" en 1857.

Giandomenico Romagnosi (1761-1835), es una noble figura de jurista, economista y filósofo. Nativo de Salsomaggiore (Parma), escribió sobre Derecho Penal, Derecho Público, Filosofía, y estudió también Matemáticas y Economía, intentando, con vasta doctrina, fundir las leyes económicas con los principios jurídicos. Enseñó Derecho en las Universidades de Parma y de Pavía, pero debido a su carácter independiente y a su respeto por la verdad perdió la cátedra. Sufrió persecuciones y también prisión (1820) en Milán y acabó sus años desconocido y vencido en aquel triste período que, sin embargo, precedió de cerca a los sucesos del resurgimiento (16).

En el campo económico, Romagnosi escribió numerosos artículos sobre temas económicos y estadísticos, aparecidos casi todos en *Annali Universali di Statistica* y reunidos después en las *Obras* (Milán, 1845). Pero Romagnosi trató también de considerar, con amplia visión, los problemas econó-

(15) La mejor obra ilustrativa sobre el pensamiento de Pellegrino Rossi es la del Conde Fleury d'Ideville, "Le Comte Pellegrino Rossi, sa vie, ses oeuvres, sa mort", de 1887.

(16) Sobre las ideas económicas de Romagnosi, cfr.: G. Valenti, "Le idee economiche di G. D. Romagnosi", Roma, 1895. Sobre su figura de jurista y filósofo existe el libro de G. Ferrari, "La mente di G. D. Romagnosi", 1835.

micos y generales, y particularmente los tocantes a la libertad económica en relación con las necesidades del Estado.

De Romagnosi es la célebre definición de la economía política como “*la ciencia del orden social de las riquezas*” que fué aceptada por muchos economistas y que contiene, sin duda, un núcleo de verdad.

Según este esquema, él ve a la economía como un campo de necesaria libertad física y moral, atemperada por la autoridad del derecho. Él ve claramente la conexión entre los principios económicos y los jurídicos y tiende hacia una concepción de economía pública que provea a las necesidades sociales. Su fé en la acción bajo el impulso del *interés* es vivísima: “el interés, fuerza solitaria e inmensa” en el análisis económico se presenta “primariamente con notable simplicidad y en un sentido absoluto”. Debe, sin embargo, ser armonizado con la *sociabilidad* (17).

Camilo Cavour (1810-1861); es tal su figura, que la historia de Italia es en gran parte obra suya; gran constructor de la nación y potente formador del espíritu italiano. Pero también tiene cabida en la historia del pensamiento económico, no por haber contribuído al progreso de la ciencia, sino por haber sabido aplicar los datos de las teorías económicas clásicas al arte del gobierno, impregnando su audaz política económica antiproteccionista de las enseñanzas de los clásicos de la economía.

Cavour escribió varios artículos y opúsculos sobre cuestiones de economía aplicada. Bien conocido es un artículo suyo de 1849 comentando la inauguración del curso de Economía Política dictado en Turín por Francisco Ferrara, hacia quien manifestaba su deferencia de discípulo, aun cuando debió sufrir sus críticas (18).

(17) G. D. Romagnosi, “*Ordinamento dell’economica dottrina*”, vol. VI de las “*Obras*”.

(18) Entre los escritos económicos de Cavour, hay que destacar: “*Sur*

Por otra parte, Cavour tenía relación de amistad con los más conocidos economistas de su tiempo: Cherbuliez, Sismondi, Senior, Pellegrino Rossi, Chevalier, Cobden, Scialoja. Siguió las clases de Ferrara con mucha asiduidad e interés. Del vasto horizonte de los conocimientos teóricos, de las relaciones con los economistas, de la intuición de la realidad económica, de la práctica del mundo de los negocios, extrajo Cavour aquella contextura intelectual que inspiró su genio de hombre de Estado.

En la concepción económico-política de Cavour, progreso y libertad eran inseparables, porque solo en la libertad veía la levadura capaz de levantar las energías individuales y estimular a la humanidad para salir de la mediocridad en la que tiende a reposar.

En la política comercial, Cavour logró aplicar sus ideas superando prejuicios, oposiciones y obstáculos que hubieran abatido cualquier otra fibra menos potente y firme. Ciertamente que la realidad económica tiene sus exigencias y Cavour supo ejercitar la política liberal en el pequeño Reino de Piamonte sin peligrosas intransigencias y sin improvisaciones. El pequeño Piamonte, *en un decenio* (1851-1861), llegó a conquistar una sólida posición comercial, a hacer reflorar o surgir la industria, a dar mayor respiro a las propias finanzas bajo la férula vigorosa y vivificadora del gran estadista. Es conocido el doloroso contraste que en cierto momento separó a Cavour de Ferrara. Éste y los otros liberales profesaban un culto ilimitado por la libertad económica, y no comprendían las exi-

l'état actuel de l'Irlande et sur son avenir"; "*Des idées communistes et des moyens d'en combattre le développement*"; "*Delle ferrovie in Italia*"; "*Della influenza della politica commerciale della Inghilterra nel mondo economico e nell'Italia in particolare*"; además de los discursos parlamentarios y de muchos escritos y artículos reunidos en "*Ouvrages politiques et économiques*" por Galimbertien, 1885. Vastísima es la bibliografía sobre Cavour; recordamos aquí los estudios de Prato en "*Atti della R. Accademia della scienza di Torino*" (1921-1922).

gencias políticas del estadista que debía conciliar fuerzas en oposición y prever las futuras exigencias del pequeño Estado a él confiado. De ahí el contraste de ideas con Ferrara que, en la imperfecta aplicación de las ideas comunes por parte de Cavour, veía una deserción, de donde surgieron las lamentables polémicas que desunieron a los dos grandes espíritus.

La principal causa de disidencia fué la política bancaria, habiéndose opuesto Ferrara con gran energía al proyecto de monopolio de la *Banca Nazionale* y a otro proyecto por el que se confiaba el servicio de Tesorería del Estado a la misma *Banca Nazionale*. Ferrara propugnaba la causa de la libertad bancaria, mientras el estadista consideraba indispensable una intervención moderada del Estado, por motivos financieros y económicos. Los acontecimientos han dado la razón a Cavour y no a Ferrara, porque hoy no hay quien ponga en duda la necesidad del contralor de los institutos de emisión de los estados.

La influencia de Ferrara sobre la mente de Cavour es por cierto grandísima; cualesquiera que sean las divergencias teóricas o políticas, queda en pie el hecho de este histórico ligamen espiritual por medio del cual la ciencia económica personificada por Ferrara ha actuado a través de la poderosa mente de estadista de Cavour, a los fines de la redención de la patria italiana. Dato histórico éste altamente sugestivo, que con justicia debe enorgullecer a los estudiosos de economía política, y también porque constituye un ejemplo incontrovertible de cómo las ideas científicas pueden ser fecundas en grandes efectos.

No se crea que debe considerarse a Ferrara como discípulo de la *escuela clásica*. . . Acepta las nociones y adquisiciones de la escuela clásica que se refieren a la libertad de cambios y de pensamiento, admira a los grandes maestros como Smith, Malthus y Ricardo, conoce a Say, Stuart Mill y Senior; sin embargo, en la ciencia adopta una posición crítica autónoma en ra-

zón de su visión amplia y humana del problema económico, y de sus contribuciones originales a la doctrina.

Mucho podría decirse sobre el pensamiento político de Francesco Ferrara; su nombre no podía faltar aquí porque se trata de situar y de definir aquel gran movimiento de economistas y pensadores que utilizaron la nueva rama de la naciente ciencia económica a los fines del resurgimiento económico y civil del país.

Tampoco Antonio Scialoja debe ser olvidado en este grupo selecto. En efecto, Scialoja fué el primer docente llamado a desempeñar la cátedra de economía creada poco antes en la Universidad de Turín. Y después de haber enseñado por algunos años dejó la cátedra al estallar la revolución de 1848, para volver a su ciudad natal, Nápoles. Y en la cátedra de Turín le sucedió Ferrara.

Cavour, en su escrito sobre el Discurso Inaugural de Ferrara publicado en su "Resurgimiento" (19), se expresa así sobre Scialoja: "Los portentosos acontecimientos de 1848 sorprendieron a Scialoja antes de haber terminado de echar las bases de su enseñanza científica. Movido por el deseo de cooperar a la regeneración política de su país natal, abandonó la tranquilidad de su cátedra para volver a Nápoles donde la opinión pública pronto lo impulsó a formar parte del consejo del rey, que entonces parecía sinceramente dispuesto a moverse sobre el camino de la libertad. ¡Fatal honor!

Habiendo reaparecido en Nápoles el espíritu de reacción e invadido nuevamente la Corte, los ministros más liberales fueron arrojados de las bancas del poder a una cárcel política.

La enseñanza de la economía, interrumpida por algún tiempo debido a los acontecimientos políticos, fué confiada a un distinguido conciudadano nuestro de la parte extrema de Italia, Profesor Francisco Ferrara. Este salía de aquella mis-

(19) El escrito apareció en los números del 14, 26, 29 de diciembre de 1849 y 5 de enero de 1850.

ma cárcel borbónica en que estaba por ser encerrado su eximio predecesor, para tomar la cátedra de Scialoja”.

La ciencia económica de aquel tiempo comportaba también batalla civil y la cátedra se transformaba en tribuna de ideas y de grandeza política...

Del mismo modo que Romagnosi y Scialoja, Ferrara perdió la cátedra por haber sido fiel a su conciencia y a la verdad.

Las ramificaciones de la escuela clásica en Italia adquieren — a la luz de estos acontecimientos y de estos sacrificios — un significado ético, además de científico, que no ha perdido importancia con el tiempo, y aquel grupo de economistas merece ser señalado como ejemplo a la generación de los jóvenes de nuestra Italia y de todos los países.

Ultimo vástago crítico, defensor de la escuela clásica en Italia, es Emilio Nazzani, que fué economista fino y sutil, muy conocido en la segunda mitad del siglo XIX. Escribió en 1880 un ensayo sobre la escuela clásica de economía política, en el cual defiende las posiciones críticas de los clásicos y especialmente a Ricardo contra la escuela de Bastiat, que él califica de optimista y contra la escuela histórica de Roscher.

Toma posición aún contra el “Socialismo de la Cátedra” entonces en boga en Alemania, y que, en substancia, era un aspecto de la escuela histórica. Nazzani — que es autor de otros ensayos significativos que ocupan dignamente un puesto en la bibliografía sobre la *renta fundiaria* y sobre el *provecho* — no oculta algunas sensatas reservas sobre la escuela clásica, en las cuales los puntos más débiles de la construcción son cautamente individualizados.

En Nazzani es viva y moderna la concepción de la ciencia como una disciplina que estudia la realidad en sus esquemas universales y abstractos, deduciendo “de ciertas condiciones de nuestra naturaleza humana y de la naturaleza exterior, las leyes generales de las salarios, de los intereses, de los beneficios y de las rentas, como se desarrollan en una sociedad ordenada,

como sería la de los pueblos más civilizados de la época presente”. Pero Nazzani agrega que “puesto que el ordenamiento muda, los fenómenos de la distribución de la riqueza se presentarán en forma diferente y la economía política empezará a estudiarlos en la nueva forma y bajo las nuevas condiciones”.

El problema está, pues, planteado metodológicamente en forma del todo correcta y actual (20).

AGOSTINO LANZILLO

Prof. titular de Economía Política en
el R. Instituto Superior de Ciencias
Económicas y Comerciales de Venecia.

(20) Los cuatro principales ensayos de Nazzani fueron publicados por Hoepli — 1881 — con el título “*Saggi di Economia Politica*”: I. La escuela clásica de la economía política; II. Sobre la renta fundiaria; III. El provecho; IV. Algunos aspectos de la demanda del trabajo.